

La pesadilla del comunismo en Albania

[Publicación original](#)

El régimen comunista gobernó Albania de 1946 a 1991. Durante este periodo, más de cien mil inocentes fueron asesinados sistemáticamente, murieron de hambre y trabajaron hasta la muerte en campos de trabajo bajo el régimen.

Un prisionero que sobrevivió al sistema del Gulag albanés escribió que los prisioneros hacían bromas sobre los Cosmonautas que veían los campos de prisioneros desde el espacio exterior porque eran muy extensos.

Las fronteras de Albania estaban rodeadas de guardias armados y altas vallas eléctricas para mantener a la gente dentro. Miles de personas murieron intentando escapar de la crueldad y brutalidad de la vida bajo el régimen comunista albanés. Toda una nación convertida en una prisión orwelliana.

El trágico destino no sólo afectó a los albaneses del país, sino también a los serbios y griegos que vivían allí.

Como parte de la política de asimilación durante el gobierno del régimen comunista en Albania, a los serbios no se les permitía tener nombres serbios, especialmente apellidos que terminaran con el característico sufijo «ić». Muchos serbios se vieron obligados a adoptar apellidos albaneses en lugar de los suyos. También se les impusieron como apellidos palabras albanesas sencillas: Druri (drvo, árbol), Arra (orah, nuez), Guri (kamen, piedra), Hekuri (gvožđe, hierro), Qershia (trešnja, cereza), Dritarja (prozor, ventana). Las escuelas serbias estaban siendo destruidas. El dictador

comunista Enver Hoxha también decidió destruir los cementerios serbios y 2 templos serbios.

El Partido del Trabajo albanés prohibió muchos libros en griego. Justo después de la Segunda Guerra Mundial, las autoridades comunistas albanesas exigieron a la importante población griega del sur de Albania y a otros no albaneses que albanizaran sus nombres. En 1966, el Partido Comunista Albanés promulgó un decreto destinado a borrar «las huellas de la población no albanesa» en los lugares donde aún vivían importantes minorías serbias y griegas.

La naturaleza del Régimen:

«Ciertas cláusulas de la constitución de 1976 circunscribían de hecho el ejercicio de las libertades políticas que el gobierno interpretaba como contrarias al orden establecido. Además, el gobierno negaba a la población el acceso a información distinta de la difundida por los medios de comunicación controlados por el gobierno. Internamente, el Sigurimi siguió los métodos represivos del NKVD, el MGB, el KGB y la Stasi de Alemania Oriental. En un momento dado, uno de cada tres ciudadanos había sido encarcelado en campos de trabajo».

interroO'Donnell, p. 129. gated by the Sigurimi.

Raymond E. Zickel y Walter R. Iwaskiw. Albania: A Country Study. Washington,

D.C.: Federal Research Division of the United States Library of Congress. p. 235

«Para eliminar la disidencia, el gobierno encarceló a miles de personas en campos de trabajos forzados o las ejecutó por delitos como supuesta traición o por perturbar la dictadura proletaria. A partir de 1968 se prohibió viajar al extranjero a todos, excepto a los que estaban en misión oficial.

El sistema judicial degeneraba regularmente en juicios espectáculo. Un grupo de derechos humanos estadounidense describió los procedimientos de un juicio: «...[Al acusado] no se le permitió interrogar a los testigos. Aunque se le permitió exponer sus objeciones a ciertos aspectos del caso, el fiscal desestimó sus objeciones y le dijo: 'Siéntate y cállate. Nosotros sabemos más que usted'». Para reducir la amenaza de los disidentes políticos y otros exiliados, a menudo se detenía a familiares de los acusados, se les condenaba al ostracismo y se les acusaba de ser «enemigos del pueblo». Las ejecuciones políticas eran comunes».

James S. O'Donnell, «Albania's Sigurimi: The ultimate agents of social control» *Problems of Post-Communism* #42 (Nov/Dic 1995): 5p.

A menudo se recurría a la tortura para obtener confesiones:

«Un emigrante, por ejemplo, testificó haber estado atado de manos y piernas durante un mes y medio y golpeado con un cinturón, puños o botas durante periodos de dos a tres horas cada dos o tres días. Otro fue detenido en una celda de un metro por ocho metros en la comisaría local y mantenido en régimen de aislamiento durante cinco días, interrumpidos por dos sesiones de palizas, hasta que firmó una confesión, fue trasladado al cuartel general de Sigurimi, donde volvió a ser torturado e interrogado, a pesar de su confesión previa, hasta su juicio, que duró tres días. Otro testigo fue confinado durante más de un año en una celda subterránea de tres metros cuadrados. Durante este tiempo, fue interrogado a intervalos irregulares y sometido a diversas formas de tortura física y psicológica. Fue encadenado a una silla, golpeado y sometido a descargas eléctricas. Le mostraron una bala que supuestamente iba dirigida a él y le dijeron que los motores de los coches que arrancaban al alcance de su oído conducían a las víctimas a sus ejecuciones, la siguiente de las cuales sería la suya».

Comité Internacional de Derechos Humanos de Minnesota, 46-47.

«Había seis instituciones para presos políticos y catorce campos de trabajo donde los presos políticos y los delincuentes comunes trabajaban juntos. Se

calcula que había aproximadamente 32.000 personas encarceladas en Albania en 1985».

O'Donnell, *A Coming of Age*, p. 134.

«El artículo 47 del Código Penal albanés establecía que «fugarse fuera del Estado, así como la negativa a regresar a la Patria por parte de una persona que haya sido enviada a servir o a la que se le haya permitido temporalmente salir fuera del Estado» era un acto de traición, un delito castigado con una pena mínima de diez años o incluso la muerte.»

Comité Internacional de Derechos Humanos de Minnesota, 50-53.

«Una valla metálica alambrada eléctricamente se levanta entre 600 metros y un kilómetro de la frontera real. Cualquiera que toque la valla no sólo corre el riesgo de electrocutarse, sino que también hace sonar las alarmas y las luces que alertan a los guardias apostados a intervalos de aproximadamente un kilómetro a lo largo de la valla. Se limpian dos metros de tierra a cada lado de la valla para comprobar si hay huellas de fugitivos e infiltrados. La zona entre la valla y la frontera propiamente dicha está sembrada de trampas explosivas, como rollos de alambre, ruidos consistentes en finas piezas de tiras metálicas sobre dos listones de madera con piedras en un recipiente de hojalata que suenan si se pisan, y bengalas que se activan al contacto, iluminando así a los posibles fugitivos durante la noche.»

Comité Internacional de Derechos Humanos de Minnesota, 50-53.

«Fatos Lubonja es un escritor albanés que pasó un total de 17 años en prisiones y campos de trabajos forzados durante el régimen de Enver Hoxha. Es autor de varios libros que han sido traducidos al italiano, alemán, inglés y polaco. Entre otros galardones, recibió el Premio Alberto Moravia de Literatura Internacional en 2002 y el Premio Herder de Literatura en 2004».

Lo que sigue pertenece a su libro:

Second Sentence: Inside the Albanian Gulag

de Fatos Lubonja, John Hodgson (traductor)

«Los campos de prisioneros de la Albania comunista eran tan brutales y claustrofóbicos como los gulags de Stalin, con el horror adicional y único de que los prisioneros albaneses podían ser acusados y condenados de nuevo mientras ya estaban en prisión. En estas crudas y conmovedoras memorias, el laureado escritor Fatos Lubonja evoca con brillantez la vida de los prisioneros del Estado en su lucha por sobrellevar las privaciones físicas y psicológicas del encarcelamiento. Comienza en 1978 con una vívida descripción de las experiencias del autor como trabajador forzado en una mina de cobre del norte de Albania. En el tenso ambiente del campo, Lubonja descubre que dos de sus compañeros de prisión han escrito una carta al Partido en la que critican al «líder principal», Enver Hoxha. Poco después son secuestrados en circunstancias misteriosas. Lubonja no establece la conexión hasta que él mismo es detenido de nuevo en el campo con otros siete y enviado a juicio como parte de una supuesta organización contrarrevolucionaria. Con una honestidad desgarradora, Lubonja describe los largos meses de interrogatorio y confinamiento solitario mientras espera su segunda condena...»

El capítulo final del libro muestra la realidad del régimen que se nutre de mentiras, propaganda, trabajo esclavo, tortura, asesinatos y miedo. Nótese que el Sigurimi era la NKVD albanesa:

«Me encontré cara a cara con Kapllan Sako, subdirector del Servicio de Seguridad del Estado. Nunca había olvidado el primer día de mi detención inicial y las primeras palabras que me había dicho: «Le hemos traído aquí para preguntarle por sus opiniones políticas».

Desde entonces no le había vuelto a ver.

Kapllan estaba de pie. Había cambiado poco, seguía siendo delgado, de rasgos afilados, canoso: un hombre típico de Sigurimi, desde el corte del

traje hasta la raya del pelo. También había un personaje moreno, al que no conocía, sentado detrás del escritorio. Me fijé en una hoja de papel blanco en la esquina del escritorio.

¿Es usted Fatos? me dijo Kapllan.

Sí -respondí.

¿Me reconoces?

Sí.

¿Cuándo nos vimos por última vez?

En julio de 1974', respondí.

Se alegró de que lo recordara.

¿Por qué adoptó esa actitud ante el tribunal?' Me dijo: 'No esperábamos esto de usted'.

No puedo admitir cosas que no he hecho'.

No tenía intención de discutir con él porque me obsesionaba la idea de que estuvieran ideando otra sentencia para mí. Tenía que tener cuidado con lo que decía.

¿Así que el tribunal de nuestro pueblo te ha condenado por nada? Alzó la voz.

¿De verdad se creía sus propias mentiras? Me repugnaba oírle utilizar la expresión 'tribunal popular', como si fuera algo sagrado, casi el pueblo mismo.

Los expedientes están aquí. Revisémoslos juntos», le contesté.

No me contestó. Estaba ansioso por ir al grano:

Dijiste: «Fadil Kokomani es mi mejor amigo...».

Esto fue lo que me metió en problemas.

Lo dije en sentido moral», respondí, “por lo que se mantuvo firme como un hombre”.

Esto pareció echarle para atrás.

'¿Qué quieres decir, como un hombre, ¿qué clase de hombre es ese?' Hizo una mueca y extendió la mano hacia la hoja de papel blanco en la esquina del escritorio.

Mira, ahí está tu mejor amigo'.

Bajo el papel blanco había varias fotografías, al parecer tomadas de noche con flash. Los rostros de Fadil, Vangjel y Xhelal me contemplaban con una mirada más de desconcierto y asco que de miedo. Estaban sentados en un banco o en la tierra con las muñecas esposadas a la espalda, los tres atados con una cuerda. Habían sido fotografiados unos instantes antes de que les dispararan.

Kapllan gritó furioso: 'Ahí es donde debéis estar. Ahí es donde irás si vuelves a entrar por esta puerta', y señaló con el dedo una de las fotografías. Apenas pude reconocer a Fadil. Vi una cara hinchada, cubierta por una mancha de sangre que se extendía desde la frente y cubría los ojos, parte de la nariz y las mejillas, y corría en tres o cuatro hilillos hasta la garganta. Me estremecí. La visión era aterradora y extraña... Recordé las fotografías de saboteadores asesinados expuestas en los expositores del Ministerio del Interior, que me habían aterrorizado de niño.

Después de ver a Fadil, estaba demasiado confuso para concentrarme en las imágenes de los cuerpos de Vangel y Xhelal. Mis ojos se desparramaron hacia la otra gran fotografía que había debajo, en la que los tres cadáveres yacían apilados sobre otro. Allí estaba la chaqueta gris de Iljaz, que Fadil había llevado por el sendero.

Kapllan volvió a bramar. 'Y tú dices: «Fadil Kokomani es mi mejor amigo».

'¿Qué más puedo decir?', respondí».

De las palabras de otros albaneses. La vida bajo el sistema comunista:

<http://www.deshmo.blogspot.ca/>

Fiscal comunista

Por Visar Zhiti

Extracto del libro «Senderos del Infierno».

El fiscal parecía notoriamente opresivo y de piel gruesa. Con su pesado abrigo y su tupido cuello de piel de animal, parecía una bestia salvaje. Supongo que aún no ha llegado la primavera. Al principio, pensé que habían traído al policía Marku para enfrentarse a mí por si había infringido alguna norma en la celda. Me siento mal por haber dudado de Marku, pero...

«Este es el fiscal del distrito, el camarada Avdi Gashi», dijo el interrogador.

«¡Explícate claramente o te arranco los pantalones!», rebuznó el fiscal. No entendía qué le pasaba. «Incluso te pidieron que fueras escritor en Tirana», soltó un sonoro rebuzno como un eructo. Le debían doler las mejillas y la tráquea. «Pero los rechazamos. Y teníamos razón. ¿Cómo íbamos a dejar que un enemigo fuera allí? ¿Va a dar explicaciones o debemos acusarle de un delito adicional?», giró la cabeza hacia el interrogador, “añadamos...”.

«Hablará. No tiene escapatoria», le aseguró el interrogador.

¿De qué otra acusación me acusa el fiscal con tanta facilidad, como si simplemente añadiera otro cucharón de sopa a mi cuenco?

«¿Qué querías con 'rakatakia'*, con quien te has liado?». Preguntó el fiscal con desprecio. «¿Eh?»

Incluso el interrogador se quedó confuso. Le preguntó en un susurro:

«¿Qué quiere decir con eso, camarada fiscal?»

«¡No lo sé! Sabe quién es 'rakatakia'... el japonés».

(¿Me quieren acusar de ser un espía japonés?)

«Ajá, tienes razón», se rió entre dientes el interrogador. «¿Cómo se llama el poeta japonés que tradujiste; ya que no podías mantenerte al margen?». Irritado, se volvió hacia mí: «¿Eh, "Taketukia?"* ¡Ah! ¿Qué querías hacer con él?».

Cuando era estudiante, no soportaba leer pasajes de los discursos de Enver Hoxha en ruso, que sonaban mediocres, gorarçe* traducidos y aburridos, así que me busqué un poeta japonés para leer fuera de clase, Isikava Takuboku. (¿También tenía que informar de esto a mis asesinos?) Mi amigo de Korça, Skënder Rusi, y yo decidimos no perder el tiempo terriblemente en vano y optamos por traducir a un poeta que se permitiera en los exámenes. Elegimos a un poeta japonés muy, muy lejano que tenía una biografía poco conocida. Francamente, fue lo único que pudimos encontrar. H. Leka, de Shkodra, nos prestó el libro de su biblioteca personal. Era nuestro profesor y nuestro amigo. Tradujimos todo el libro del ruso. Pero en su cuaderno, Skënder interpretaba los tanques de forma más imaginativa y yo, quizá, un poco más irónica.

«¡Háblanos! ¿Por qué no habláis? ¡Sabandijas! ¿Quién os ha dado rakatakia y taketukia, y por qué?».

Percibí murmullos sin sentido.

«¿Cuáles eran tus relaciones con el crítico Xhezair Abazi?». Me preguntó bruscamente el interrogador.

«Las mismas que con los demás», respondí.

«¿Está hablando de Xhambazi?* aulló el fiscal.

Entonces estaban charlando de algo, pero el fiscal no podía bajar la voz; le resultaría más fácil descargar un pesado fardo de ramitas de roble de su espalda que bajar la voz. ¿Qué? ¿Chispas? ¿De qué se están informando? ¿Qué es esa Pluma Dorada...?

«¡Pero también te pidieron que fueras escritor, renegado!». A pesar de su avanzada edad, el fiscal arremetió contra mí, pero el interrogador lo contuvo.

«Espere, no se preocupe, yo le curaré».

Traducido del albanés por Hilda Xhepa

Hora de cambiar de lugar

Visar Zhiti

(Extracto de la novela «Infierno desgarrado» de Visar Zhiti)

Seguían llegando nuevos prisioneros antes de que los veteranos tuviéramos ocasión de conocernos, lo que, por cierto, estaba prohibido. La falta de contacto con los demás disminuía la percepción que uno tenía de sí mismo. Esa pobre masa de humanidad aparentemente vestida igual, con idénticos cortes de pelo, igualmente famélica, donde otro parecía ser tú y tú otro; sin individualidad, no éramos sino transparencias vacías, multiplicadas por mil, o por dos mil, por un millón, por millones. En la época de la esclavitud, hace tres mil años, esta configuración te habría reducido a nada más que un

esclavo debido a tus largos años de encarcelamiento Susurrábamos entre nosotros que los cosmonautas podían ver nuestras cárceles desde lejos, desde el cosmos, tal vez desde la luna, las cuevas de las prisiones, las filas de los condenados, la cadena aparentemente interminable de ellas, que se extendía más larga que los ríos. No había prisiones en ningún otro lugar.

Entre los presos que salían un día del furgón policial había un joven con el rostro más pálido que el de los demás que habían sobrevivido al periodo de interrogatorio. Llevaba sobre los hombros una chaqueta negra con solapa en la espalda. Quizá fuera la moda de fuera. Le dijeron que la llevara al depósito de ropa; se la devolverían el día que le dieran el alta (o lo que quedara de ella). También debía deshacerse de los zapatos y los pantalones y ponerse el uniforme de presidiario.

Cuando terminó, salió de entre los recién llegados y en silencio, despacio, con la dignidad de la cámara lenta, empezó a subir por el camino hacia la alambrada, sin hacer caso de la creciente tensión de los presos. Habíamos fijado nuestros ojos en él. Caminaba seguro, con la cabeza alta. «Eh» - dijeron algunas voces- »¿adónde vas? Ahí no hay salida. Los guardias abrirán fuego. . .» Estas voces llamaron la atención de los guardias del interior del recinto, donde uno de ellos, inesperadamente, se abalanzó hacia el recién llegado gritando que se detuviera, pues los guardias dispararían: «¡Eh tú, prisionero! Guardias, no disparéis». El prisionero, sin embargo, siguió caminando, sin volver la cabeza, con dignidad. Entró en la zona de la matanza, donde las señales de «NO ENTRAR» eran zarandeadas por el viento como cruces en un cementerio. El soldado de la torre de guardia más cercana, como desde dentro de la cabeza de un monstruo de madera y entre sus dientes, apuntaba con su fusil automático en nuestra dirección. «No», gritó el guardia desde el interior del recinto, “soldado, no dispare, yo también estoy aquí”. Llegó hasta el hombre recién sentenciado, lo agarró por los brazos y tiró de él hacia atrás. «Date la vuelta», le gritó, »¿qué te pasa? ¿Por qué cruzas la zona prohibida o quieres que te maten?». Mira a los otros presos, ten paciencia». El antiguo ciudadano no abrió la boca. «¿Estás loco?» Asintió con la cabeza. Cuando se acercó a nosotros,

parecía desconcertado, más aterrorizado por nosotros que por las armas. Probablemente se veía a sí mismo como uno de nosotros.

Me invadió la tristeza; no sabía si por mí o por él, que quería que lo mataran. No sólo no me atrevía a matarme sino que había renunciado por completo a pensar. Además, a quién iba a matar, ya no éramos seres humanos. Mi pena se volvió completamente hacia el desconocido recién llegado. Habría sido mejor para él que lo mataran. Habría acabado con él y con un desafío al statu quo. Mis propios pensamientos me aterrorizaban, por ser tan despiadado con la vida de otro. No tenía derecho a desear la muerte de otra persona, aunque otros sintieran lo mismo por mí.

Dudo que desde el principio tuviéramos un psicólogo entre nosotros. Si lo hubiera habido, habría sido rechazado por freudiano. Lo más probable es que alguien entre nosotros se hubiera convertido en psicólogo en la cárcel. Las posibilidades eran escasas, pero las anomalías psicológicas nos rodeaban. Un psicólogo podría haber pensado lo siguiente: «El guardia interior, que no es más que una porra de goma para el régimen, se atreve a salvar la vida de un enemigo. Eso debe significar que el dictador está muy enfermo, probablemente agonizando; puede incluso estar muerto. Puede que lo estén ocultando, como en las antiguas dictaduras chinas que estaban 'dirigidas' por emperadores muertos. Así, el policía de la 'guerra de clases', al salvar la vida de un prisionero puede haber estado promoviendo su propio futuro alargando así la vida de un malvado, incluso mientras evitaba la muerte.»

¿Por qué, estás pensando que el policía no salvó la vida del prisionero, sólo por preocupación humana...?

«No, no, de ninguna manera, él estaba tratando de evitar ser arrestado. Ha llegado el momento de cambiar de lugar. ¿Cómo iba a perdérmelo si el policía no lo hizo?».

Intercambiar lugares no es necesariamente un cambio. ¿No puede haber sociedad sin condenados, por tanto sin jueces, sin cárceles, sin presos?

Traducido del albanés por Genc Korça

Crimen impune

por Reshat Kripa

Se acercaba la mitad de junio de 1985. Aquel año el verano era inusualmente fresco, lo que parecía coincidir con el clima político de la época. El dictador había muerto, despertando expectativas de cambio en los corazones de la gente. Esperaban cambios de su sucesor. El pueblo estaba cansado de los campos y cárceles que se extendían por todas partes y de su vida dentro de la gran prisión en la que vivía toda la población, que separaba a padre de hijo, a hermano de hermano. El pueblo albanés, aislado durante años, quería vivir como las demás naciones del mundo. ¿Sucedería esto, o seguiría siendo una ilusión?

Sotir Nastua, de Narta, era soldado en Ravena de Karaburun. Cuando le dieron tres días libres, partió hacia su ciudad natal. Salió a la calle y, tras esperar un rato, subió a un camión que le llevó a la ciudad de Vlora. Allí subió al autobús lanzadera que iba a su pueblo. Cuando llegó, el sol se estaba poniendo y con él pudo ver a los jornaleros agrícolas de la cooperativa que volvían de trabajar en los numerosos viñedos del pueblo. Entre ellos, divisó a su madre, a la que saludó y abrazó cariñosamente. Se fueron juntos a casa, pero él no se quedó mucho tiempo. Se lavó, se cambió y se preparó para salir.

«¿Por qué tanta prisa, hijo? Acabas de llegar. Aún no nos hemos visto lo suficiente», dijo su madre. Pero él hizo como si no la hubiera oído. Salió y se dirigió al centro del pueblo. Sin duda quería reunirse con su mejor amigo, Jorgo Shella. Compartían un plan que mantenían en secreto. Se dirigió a la casa de su amigo pero no lo encontró allí. Volvió al centro del pueblo y entró

en un bar. Allí vio a Jorgo en una mesa hablando con Aleks, un joven del pueblo, que estaba sirviendo en el ejército como soldado en Saranda. Se saludaron y Sotir se sentó y pidió un vaso de vino, como sus amigos. Quería hablar con Jorgo, pero la presencia de Aleks se lo impedía. No podía esperar a que Aleks se fuera, cuando Jorgo susurró de repente. «He hablado con Aleks sobre el plan. Conoce el lugar y está dispuesto a ayudarnos». Sotir se quedó de piedra. El acto de Jorgo le había conmocionado. ¿Cómo había podido abrirse a Aleks? ¿Cómo podía confiarle algo tan peligroso? Pero ahora esto era un hecho establecido y no había forma de revertirlo. «Me encantaría ir contigo», dijo Aleks, “pero ya conoces mi situación”. Era hijo único y su madre estaba enferma. Se quedaron charlando hasta bien entrada la noche y decidieron abandonar el país al día siguiente. «Su conversación de esta noche es interminable», dijo el camarero, “váyanse ahora, tengo que cerrar”. Miraron a su alrededor y se dieron cuenta de que no quedaba nadie. Se levantaron, se despidieron del camarero y, tras pasear por las calles desiertas del pueblo, cada uno se fue a su casa. Al día siguiente se despertaron temprano y partieron hacia Vlora.

«Pobre de mí, hijo, casi no te he visto», dijo la madre de Sotir, “¿por qué no me avisaste desde anoche para que te hubiera hecho unos panecillos?”.

«No te preocupes, madre, encontraremos todo lo que necesitamos en el lugar al que vamos», respondió él mientras se marchaba. En Vlora, subieron al autobús de la línea de Saranda. Llegaron a la ciudad de Saranda por la tarde y comenzaron a deambular por las calles, esperando la hora a la que debían dirigirse al lugar designado.

El silencio se había apoderado de la casa de Pavllo Shella. Su hijo, Jorgo, se había marchado tres días antes, junto con Sotir y Aleks, y no había regresado. Jorgo dijo que iba a ver a su tía en la ciudad de Vlora. Pero nadie le había visto allí. Pavllo empezó a preocuparse. Se dio cuenta de que incluso los miembros del Consejo de la Aldea parecían evitarle. «Levántate, marido, y ve a preguntar al jefe de policía, porque si no, se preguntará por qué no nos hemos presentado», dijo su mujer con lágrimas en los ojos.

Entonces era costumbre en todos los casos similares informar al jefe de policía del pueblo o al Departamento de Interior.

«Esperaremos. Si no vuelve esta noche, iré a primera hora de la mañana», respondió él, preocupado. Esa noche oyeron fuertes golpes en la puerta de su casa. Pavllo se levantó y la abrió. Era Avni, el oficial operativo de la localidad, acompañado por Jollanda, jefe del Consejo de la Aldea Unida, y dos policías. «Hemos venido a hacer un registro», le dijeron a Pavllo.

«¿Por qué?», preguntó él, asombrado. No respondieron. Le apartaron y empezaron a revolverlo todo. Buscaron por todas partes. Pavllo y su mujer se quedaron quietos. Al no encontrar nada, volvieron a salir. Cuando Avni llegó al umbral de la puerta, se volvió hacia Pavllo y le dijo fríidamente,

«Tu hijo traicionó a su patria y para los traidores sólo hay una sentencia. Su cuerpo yace en el depósito de Saranda». La anciana se desmayó inmediatamente. Pavllo se quedó helado. No sabía qué hacer. ¿Debía gritar? ¿A quién? No tenía fuerzas. Cuando se recompuso, se volvió hacia su mujer y la ayudó a recobrar el conocimiento mojándole la cara con agua fría. Ella gritó. El pueblo la oyó y la gente acudió de inmediato, pero cuando se enteraron del motivo, se marcharon como si hubiera una epidemia de cólera. Ni siquiera el hermano y la hermana de la anciana se atrevieron a venir. Sólo la hermana de Pavllo y otras dos o tres personas cercanas a la familia acudieron e intentaron consolar lo mejor que pudieron a los pobres padres.

Lo mismo ocurrió en casa del apóstol Nastua. Se realizó la misma búsqueda y se dio la misma noticia de la muerte. Estalló el mismo dolor. La gente también comenzó a distanciarse como si hubiera un brote de peste. El luto se apoderó de ambas familias. El apóstol Nastua no se atrevió a recoger el cuerpo de su hijo. El miedo a las consecuencias de esta acción le obligó a guardar su dolor dentro del alma. En su casa, ni siquiera se atrevían a llorar

por el muerto. El cuerpo de Sotir fue enterrado en Saranda por trabajadores municipales.

Pavlo decidió asumir todas las consecuencias. ¿Qué peor les podía pasar a estos dos pobres ancianos? Al día siguiente, tomó solo el camino de Saranda. Allí vivía su sobrina casada. Ella le recibió y le contó la terrible historia que conmocionó a toda Saranda y horrorizaría a cualquiera que la escuchara.

«Cuentan que fueron traicionados por el amigo que les acompañaba. Cuando llegaron al lugar acordado, se desnudaron y se lanzaron al mar para nadar hacia la isla de Corfú. Su amigo se dio la vuelta e informó al Departamento de Interior. La lancha motora de la guardia fronteriza costera partió inmediatamente, alcanzándoles en aguas internacionales. Los guardias fronterizos comunistas podrían haberlos capturado y llevado de vuelta a Saranda para juzgarlos. Pero no lo hicieron. Eran salvajes y no tenían sentimientos humanos. Los criminales, nacidos para matar y masacrar a la gente, sacaron sus ametralladoras y mataron a ambos. Pero ni siquiera esto fue suficiente. Su sangre juvenil calentó aún más a los tiburones comunistas. Comenzaron a golpear a los jóvenes con la hélice de la lancha, hiriéndolos y desfigurándolos aún más. Y por si esto fuera poco, al día siguiente ataron sus cuerpos a un camión soviético, arrastrándolos por las calles de Saranda para aterrorizar a la población de la ciudad y asustar a aquellos ciudadanos que pudieran imaginar emprender un acto heroico similar. Todo esto se hizo bajo la orden del jefe del Departamento del Interior. ¡Sé fuerte, tío! Mañana te espera una escena espantosa.

Debes afrontarla con dignidad».

«Sí, sobrina mía, sí. Tu tío es fuerte y sabrá desenvolverse», respondió Pavlo, decidido.

Al día siguiente fueron al depósito de cadáveres de la ciudad. Allí les esperaba una escena espantosa.

Pavlo no reconoció a su hijo. En su cuerpo se veían las marcas de siete balas. Sólo pudo identificar a su hijo por los pantalones cortos que llevaba. Cerca de él, Sotir, el amigo de su hijo, tenía el mismo aspecto. Aprovechando la amabilidad de los trabajadores del hospital, lavó el cadáver y lo vistió con ropa que compró en el mercadillo. Luego lo metió en un ataúd, clavándolo para que no pudiera abrirse, y lo dejó en la furgoneta municipal que iba al pueblo. Llegaron a casa bien entrada la noche. Allí encontró a muy pocos allegados de la familia.

Tras descargar el cadáver, la furgoneta se marchó inmediatamente.

Llazar, miembro del Consejo de Aldeas Unidas, se presentó al día siguiente en la puerta de la casa de Pavlo. Sin entrar, le llamó y le advirtió: «No vas a enterrar el cadáver en el cementerio de la aldea. No permitimos que un traidor descansa cerca de las personas honorables allí enterradas. Esta es la decisión de la Organización del Partido Comunista.

«¿Qué debo hacer?», preguntó Pavlo, perdido. «Allí están las tumbas de mis familiares».

«Entiéralo abajo, en el jalli (un pedazo de tierra estéril y salada junto al mar), y no dejes ni rastro de la tumba. Creo que lo has entendido», dijo Llazar en tono autoritario, y se marchó.

Pavlo se quedó de piedra junto a la puerta. ¿Cómo era posible que no dejaran espacio para la tumba de su hijo, a quienes ayer mismo habían saludado y conversado cordialmente con él? Volvió a la sala y comunicó la terrible noticia a las pocas personas que había allí. «Nos quejaremos al

Departamento de Interior y, si es necesario, al Comité del Partido», dijo Andoni, sobrino de Pavllo.

Inmediatamente se puso en camino hacia Vlora. Pero incluso en el Departamento de Interior recibió la misma respuesta. Se dirigió al Comité del Partido, pero nadie le recibió allí a pesar de su insistencia. Finalmente, el hombre de guardia en la puerta le dijo: «Vete, hijo; no te acumules más problemas».

El ambiente en el pueblo era tenso. La mayoría de la gente permanecía encerrada en sus casas para no parecer involucrada en el suceso. Pero otros desvergonzados, como el dentista Nastua o el pensionista Apostol, pidieron en voz alta que nadie asistiera a la ceremonia fúnebre porque el hijo de Pavllo había muerto como un traidor.

El pequeño cortejo de dolientes partió aquella tarde hacia el jalli. Las pocas personas que se encontraban en la calle les dieron la espalda. Peor aún, un provocador desvergonzado empezó a cantar una canción que se mofaba de lo ocurrido. En los días siguientes se produjeron más acontecimientos dolorosos. Spirua, comunista y supervisor de sector, se divorció de su mujer sólo porque el padre de ésta había asistido al funeral. Mientras que Pandeli Andoni, cuñado de Pavllo, que no accedió al dictado del Consejo de divorciarse de su mujer, bebió veneno y acabó con su vida porque no pudo resistir la gran presión.

El año 1990 marcó el comienzo de una enorme caída. Los dictadores de Europa del Este empezaron a caer uno tras otro. Sólo quedaba el nuestro. Pavllo pensó que había llegado el momento de enterrar los restos de su hijo junto a las tumbas familiares. Exhumó los restos de su hijo y se dirigió al cementerio del pueblo. Pero por el camino se encontró con Jollanda y Antigoni, secretaria del Partido Comunista, que le dijeron: «Aún no estamos muertos. No, no. Estamos vivos y os aplastaremos. Devolved los restos donde estaban porque es allí donde deben estar». Pavllo guardó silencio y

regresó. Los restos fueron depositados de nuevo en el jalli. Sólo después del 22 de marzo de 1992 pudieron descansar en el cementerio del pueblo en el lugar que les correspondía.

Me reuní con los dos ancianos un día de abril de 1993, cuando fui a su casa junto con mis amigos Mihal y Dino. En sus rostros sólo se leía el luto. Con lágrimas en los ojos, me contaron la historia que acabo de describir. Tenían una enorme decepción en el corazón. ¿Serían castigados los que provocaron esta tragedia? Buscamos a Jollanda, Antigoni, Avniu, Llazar y sus otros lacayos. Nos dijeron que habían volado a Grecia, donde sólo Dios sabe lo que estaban haciendo y preparando, con toda seguridad, nuevas tragedias, como la del año 1997.

Pavlo sólo tenía un llamamiento. Quería que la democracia llevara ante la justicia a los que masacraron y desfiguraron a su hijo. Bajo la presión de la Asociación de Perseguidos Políticos y de la opinión pública, se hizo posible la detención del ex jefe del Departamento de Interior en Saranda. Pero el juicio fue una farsa. Fue condenado y recibió sólo tres años de prisión por abuso de responsabilidad pública. Oh, ¡qué ironía del destino! Tres años de prisión a cambio de la vida de dos jóvenes de 20 años. El corazón de Pavlo se sintió defraudado una vez más. El crimen quedó impune.

Publicado en la colección «Una historia para mi amigo», 2004

Traducido del albanés por Hilda M. Xhepa

Holocausto rojo

Muertos entre los vivos

por Afrim Imaj

Aunque chocante, es cierto: Un vecino de Vlora descubre el cadáver de su hermano después de treinta años, con el mismo semblante que tenía el día en que se separaron.

El personaje central de esta extraordinaria narración es Lavdosh Mersini, de setenta años, natural de Çeprat de Laberia, en Albania. Lavdosh, tras muchos y dolorosos intentos de encontrar los restos de su hermano, ejecutado por un falso tribunal comunista, logró localizarlos en la sala de anatomía del Centro Médico de Tirana. Justo cuando Lavdosh empezaba a perder la esperanza de encontrar los restos de su hermano, cuando todo esfuerzo parecía baldío, la pura casualidad le concedería un éxito inesperado. Sus piernas le llevaron hasta donde residía el cuerpo de Luan, que aparecía como cuando tenía veinticinco años.

«Al principio no podía creer lo que veían mis ojos», dijo Lavdosh. «Parecía un sueño; como algo de esas antiguas baladas. Tuve que contenerme. No fue fácil. Estiré el cuello y le miré directamente a los ojos. Era él. Sí, Luan. Sus ojos ansiaban decirme algo; eran lo único que podía hablar; todo lo demás, desde la cabeza hasta los pies, estaba congelado y helado. Sólo sus ojos ofrecían vida, calor y recuerdos. Estaban cansados y miraban lejos en el horizonte, recordando los días en que estuvo en la cárcel, preguntando por su madre, Hairie. Di mis primeros pasos hacia él. ¿Me acercaba a mi hermano o a un fantasma? Me estiré para abrazarle y besarle, como un hermano que desea abrazar a su hermano. Parecía joven, muy joven, idéntico al día en que nos separamos treinta años atrás. Era Luan, igual que aquel mismo día, con los mismos ojos, las mismas cejas oscuras, la misma frente y el mismo cuerpo recto y corpulento. Sólo le habían cortado el pelo. Un agujero de bala en el borde de la nariz era mudo testimonio de las brutales acciones de quienes habían decidido su trágico final. Estaba en formol, mucho formol, que mantenía intacto su cuerpo bien construido».

Lavdosh tuvo que contenerse, sobreponerse a su dolorosa conmoción. Tenía que llevar a Luan de vuelta a casa, a la remota Çeprat, para que estuviera entre sus hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas, amigos y conocidos, que se alegrarían. Pero antes vendría el viaje: largo, agotador y profundamente conmovedor...

Después de llamar a la puerta de su apartamento en algún lugar de las afueras de la ciudad de Durrës, la hermana de Lavdosh, Burbuqe, relata una historia que produce escalofríos. Dice: «Luan, como Kostandin, regresó después de treinta años. ¿Has oído la leyenda de Kostandin? Sí, y yo también, aunque no creo que lo hayas vivido. No sé quién más tuvo ese destino. El regreso de Luan después de treinta años fue como el de Kostandin. ¡Sí, sí! Mientras lo besaba, por frío que estuviera, recordé la antigua leyenda. La leyenda de la larga espera del caballero que saltaba montañas enteras para cumplir una promesa que había hecho a su madre. Aunque Luan había muerto, no había perecido y no tenía tumba, ¡igual que Kostandin! Pero Luan no era realmente como Kostandin, porque no conoció a su llorosa madre, y no la vio desvanecerse, desconsolada por él...».

Se ve obligada a contener su dolor, a impedir que las lágrimas rueden por sus mejillas. Su marido, conocedor de la situación, continúa la conversación para darle tiempo a serenarse. Los comunistas detuvieron a Luan por negarse a colaborar con la Seguridad del Estado. Inventaron un caso contra él -abuso de fondos públicos- durante la construcción de obras sociales y culturales en la cooperativa agrícola. Arreglaron un déficit de fondos públicos por valor de 50.000 leks para poder ejecutarle por la noche con un arma de fuego». El marido se calla, lo que permite a Burbuqe reanudar la conversación. Saca un montón de papeles, descoloridos por el largo y sombrío paso del tiempo. En los papeles figura el veredicto del tribunal.

La hermana del joven mártir prosigue pensativa: «De repente, lo sacaron del pueblo donde trabajaba, injustamente esposado, y lo trasladaron a los calabozos de Vlora. En el camino se encontró con su hermano y, confiado, le entregó el reloj para que lo guardara. Después, sólo pudimos verle con la aprobación del interrogador. Su valor nunca le abandonó. Nunca pidió clemencia. Lo único que pedía eran cigarrillos. Su única preocupación era su madre, su primera y última preocupación. Permaneció así hasta el 24 de octubre de 1968, el día en que los comunistas lo ejecutaron». Eso fue todo lo que Burbuqe pudo decir. Sin embargo, estaba segura de que su hermano

mayor, Lavdosh, sabía más. Todavía vivía en la misma dirección, el lugar donde Luan se separó de su desconsolada madre tantos años antes.

Treinta años después de la ejecución de su hermano, Lavdosh Mersini sigue viendo la imagen de Luan haciendo frente con valentía al tribunal comunista. «Luan pidió al juez comunista que le mirara directamente a los ojos», dice Lavdosh. Cada vez que intenta visualizar la imagen de su hermano, recuerda a Luan desafiando sin miedo las falsas acusaciones de la gente de la Seguridad del Estado. Es este recuerdo el que inicia la conversación...

«Tras las investigaciones secretas, le llevaron a los tribunales y le acusaron de malversación de fondos públicos», cuenta Lavdosh. «Reunieron una cantidad de 50.000 leks en las oficinas de la Seguridad del Estado. Se la entregaron y legalizaron en el tribunal a través del fiscal, Sotir Spiro, y el juez, Irakli Bozgo. Según ellos, Luan había causado daños económicos al Estado, un acto que le costaría la vida. En aquel momento, nadie pensó que acabaría en una decisión mortal. Es más, los testigos citados ante el tribunal se opusieron rotundamente a la acusación. El primero que se opuso a la acusación fue el testigo clave, el presidente de la cooperativa agrícola de Mavrova, Telo Dana. Impugnó todas las pruebas utilizadas por el interrogador y habló con valentía de los buenos modales de Luan. Esta reacción enfureció al juez comunista, que expulsó arrogantemente de la sala al principal testigo. Lo mismo ocurrió con el siguiente testigo, Maliq Hoxha, controlador de la cooperativa. Ignoraron su testimonio obligándole a salir. En ese momento, con una mirada poderosa y ardiente, Luan se puso en pie en el estrado. '¡No presionéis a gente inocente!', dijo. ¡Corten por lo sano! ¡Haz lo que has decidido hacer! Me enfrentaré a vosotros hasta el final; demostraré audazmente vuestras mentiras. No tienes valor. No tienes el valor de mirarme directamente a los ojos; trabajas entre bastidores, en la oscuridad, con mentiras y falsas acusaciones'. Luan, encadenado, quiso continuar, pero su discurso fue interrumpido por la voz del fiscal. '¡Te lo pagarán con una bala, Luan Mersini! Serás recompensado con la horca».

Esto es todo lo que puede recordar del juicio de su hermano en casa de Pasha, en el centro de Vlora. Lo que vendría después era obvio en aquel momento. El destino de Luan estaba predeterminado.

El primero en recibir la grave noticia fue el hermano mayor, Bardhyl. Recuerda: «Cuando llevamos su ropa de invierno a la cárcel, nos dijeron que había sido ejecutado». Era un frío día de octubre de 1968 cuando, a petición de su madre, Bardhyl salió de casa para llevar comida y ropa de invierno a su hermano en la prisión de Vlora. Cuando llamaba a la puerta de la prisión para explicar el motivo de su presencia, el funcionario de guardia le comunicó la terrible noticia. «¿Aún no sabes que Luan ha sido ejecutado?». Oyó lo suficiente como para sentir que le flaqueaban las rodillas.

«Caí al suelo, desmayado, y no recordaba quién me había vuelto a poner en pie», cuenta Bardhyl. «Recuerdo cómo me echaron agua en la cara y me hicieron recobrar el conocimiento, y las patadas del oficial sobre la bolsa llena de ropa y comida, que estaba esparcida por todas partes bajo su pequeña ventana. En ese momento pensé en nuestra madre. ¿Cómo se lo diría? Salí hacia el pueblo en un estado de confusión. Tuve que contener las lágrimas. Durante nuestro último encuentro, Luan me había pedido que no derramara lágrimas por él. Parecía que había previsto su tragedia».

Más allá de este acto de barbarie comunista, Bardhyl Mersini quiere evocar y dar respeto a la vida virtuosa de su hermano. En su memoria está el pícaro Luan, que se graduó en el instituto con matrícula de honor, pero con «mala biografía». Era hijo de un kulak, y una política obstruccionista le impidió asistir a la universidad. Las conversaciones íntimas sobre cine y deportes con Luan siguen siendo recuerdos muy vívidos para Bardhyl.

Bardhyl dice: «Único era el interés de Luan por llevar el pelo al estilo occidental, vestir bien y llevar corbatas a la moda. Justo después de graduarse, empezó a vivir con prisa. Se arremangó y trabajó de diez a doce

horas diarias en la construcción. Hay que adelantarse a los demás», solía decirnos. Después del trabajo, tenía otra personalidad. Se lavaba, se vestía e iba a Vlora, sobre todo cuando había partido de fútbol. El cine era su pasión. Conocía a casi todos los actores famosos e intentaba gustar a los demás jóvenes. Era animado y activo en su vida social, abierto para ayudar a cualquiera que lo conociera. A los pocos años de salir de la escuela, era admirado por todos, hecho que llamó la atención de la Seguridad del Estado. Querían beneficiarse de su sociabilidad y utilizaron su «defecto» político, hijo de un kulak, para presionarle. Pidieron su colaboración para obtener información sobre grupos de Vlora interesados en huir del país. Aunque comprendía las consecuencias, se opuso rotundamente a colaborar. Nos dijo que la Seguridad del Estado no olvidaría fácilmente su negativa. Por eso el drama fatal le pasó factura...».

El marido de Burbuqe detalla otro aspecto de la vida de Luan, algo que nunca olvidará. Recuerda: «Mamá Hairie se negó a entregar el traje de Luan a la policía. Los hombres de seguridad vinieron acompañados de una docena de policías. Registraron cada rincón de la casa para encontrar y llevarse todas sus pertenencias, desde libros, cuadernos, papeles, ropa hasta ropa de dormir. Cuando se apoderaron de su traje nuevo, hecho a medida ese mismo año para su boda, la madre Hairie se abalanzó sobre ellos. Podéis quitarme la vida, pero no el traje de mi hijo», dijo, y se lo arrebató de las manos. Los policías fruncieron el ceño un momento, pero, convencidos de que no lo soltaría, se marcharon. Guardó el traje junto a su mesilla de noche hasta el día de su muerte».

Madre Hairie vivió sólo un par de días tras la ejecución de Luan. Murió a los 55 años, con la profunda agonía de que nunca sabría dónde descansaban los restos de su hijo.

Según una antigua empleada del laboratorio médico forense, una mujer que no quiso ser identificada, «embalsamaron el cuerpo del joven de Vlora por la noche». Ella había intentado desde entonces dar la noticia a la familia de Luan. Lavdosh confirma este hecho. Recibió el mensaje de un conocido de

ella en Vlora, mientras buscaba los restos de su hermano en el Bosque de Soda, el Pozo Mezini, la Plantación de Plantones de Olivo, la Playa Vieja y muchos otros lugares. Su historia, relacionada a través del trabajo con el laboratorio forense del hospital de cadáveres, no termina aquí. Algo muy inusual sobre este caso arraigó en su memoria. Todo está relacionado con el momento de la llegada del cuerpo sin vida de Luan.

Ella recuerda: «Fue en algún momento a finales de 1968. Lo recuerdo bien porque la facultad de anatomía estaba muy necesitada de cadáveres. Siguiendo una orden de una alta autoridad comunista, se creó a toda prisa un grupo de expertos con tres o cuatro médicos e investigadores estatales para registrar algunas cárceles locales. Sus presas procedían principalmente de los contingentes de presos políticos. Un día, a primera hora de la mañana, la expedición acababa de llegar de la ciudad de Vlora. Oí a un especialista informar al responsable de que en Vlora habían olfateado una presa, «material de primera calidad», por lo que habían acordado con el Departamento del Ministerio del Interior que formara parte del laboratorio. Además, me enteré de que se trataba de un hombre joven, de veinticinco años. Al día siguiente, por la tarde, nos informaron de que habían traído el cadáver. Por casualidad, lo vi en el momento en que sacaban el cuerpo del camión. Era un joven apuesto y musculoso. Las personas que lo procesaron dijeron que era uno de los raros casos que durarían mucho tiempo en el laboratorio. Cuando vi los papeles que venían con él, encontré la forma de enviar, indirectamente, un mensaje a su familia».

Un muerto entre los vivos.

Esto es lo que le ocurrió a Luan Mersini, de veinticinco años, de Çeprat de Vlora.

Lo fusilaron por la noche, e inmediatamente transportaron su cuerpo a Tirana, la capital. Durante muchas horas, y en completo secreto, los médicos trabajaron en él. Después de embalsamarlo, lo colocaron en el laboratorio de anatomía del Centro Médico de Tirana, con sólo los papeles básicos. Al día siguiente lo colocaron en el estrado del laboratorio, y desde entonces «discutía» en silencio con las batas de laboratorio. Generaciones

de médicos ejercerían sobre su cuerpo. El muerto coexistiría con los vivos durante treinta años, hasta el día en que «el profesor silencioso» abandonaría su «profesión involuntaria» para volver a casa.

Traducido del albanés por Hilda M. Xhepa

Crimen indecible

de Teuta Mema

El interrogatorio

Bedri Blloshmi, hermano del poeta anticomunista ejecutado Vilson Blloshmi, cuenta cómo se comunicó con su hermano golpeando con un dedo la pared de una celda de interrogatorio de Librazhdi. Vilson le contó que el propio Kadri Azbiu, ministro comunista del Interior, le había interrogado en la celda de interrogatorios de Tirana, la capital. Tras tres meses de crueles torturas, el brazo izquierdo de Vilson quedó paralizado. Durante la noche, agentes de seguridad vestidos de civil le mantenían despierto. Con grilletes que le cortaban las muñecas, le obligaban a permanecer de pie sobre un pie, apoyado contra la pared. Cuando se desplomaba sobre el frío suelo de cemento por agotamiento, lo levantaban de nuevo sobre su pie y persistían en hacerle la misma pregunta: «¿Aceptas la propuesta del ministro de colaborar con los agentes secretos albaneses en el extranjero?». Vilson dijo que no; empezaron de nuevo el brutal interrogatorio.

El juicio

El 7 de junio de 1977, a la salida del cine Librazhdi, una horda de comunistas gritaba a voz en cuello: «¡Cuelguen a los reaccionarios! Colgad a los reaccionarios!» Dentro, muchos policías y numerosas personas cuidadosamente seleccionadas por los agentes de la Seguridad del Estado aplaudían a las caras desconocidas que se ponían delante del juez principal, Subi Sulçe, para leer las falsas acusaciones preparadas en las oficinas de la Seguridad del Estado. Isa Kopaçi, del Ejército Popular, y Todi Bardhi, presidente de la Cooperativa Agrícola, leyeron las falsas acusaciones. El juicio se prolongó durante seis días. En todos los

procedimientos, el juez sostuvo una pericia en forma de declaración escrita elaborada por Diana Çuli, Koçi Petriti y Myzafer Xhaxhiu y gritó: «¡Esto os condenará a muerte!» El 13 de junio de 1977, Vilson Blloshmi y Genc Leka fueron condenados a muerte por fusilamiento. Bedri Blloshmi fue condenado a 25 años de prisión.

Peritaje (1)

Selim Caka, jefe del Departamento de Interrogatorios Comunistas de la ciudad de Librazhdi, pidió a la directora del periódico Drita [Luz], Diana Çuli, que investigara el contenido de los poemas escritos por Genc Leka. Diana Çuli respondió a la petición expresando su opinión experta en una declaración escrita el 19 de noviembre de 1976. Escribió: «Genc Leka, el autor de los poemas, está marcado por una sacudida ideológica. En sus poemas se percibe un espíritu pesimista; el autor no parece feliz e intenta encontrar la felicidad en otra parte. Detrás de los símbolos que utiliza se revela el deseo de alejarse de nuestra realidad socialista».

Gorriones

Su velo quitó lentamente la amarilla caída.

Con escarcha y ventisca comenzará el invierno

Sin embargo, pájaros; aquí dentro lo soportáis todo,

Nadie puede desde tierra natal apartaros.

-Genc Leka

Tras examinar «Gorriones» con gran detalle para descubrir más sobre él, la experta Diana Çuli escribe: «Genc Leka utiliza la ironía. Nuestra realidad socialista le parece miserable.

Los gorriones son personificados como criaturas desafortunadas. Es un poema reaccionario».

Experiencia (2)

«El 1 de enero de 1977, en Librazhdi, yo, el interrogador del Ministerio del Interior, Lulo Ymeri, después de estudiar el material sobre el caso criminal número 56, me di cuenta de que el acusado, Vilson Blloshmi, ha escrito un poema titulado 'Sahara'. Para determinar el contenido del poema, decidí pedir al experto Koçi Petriti, profesor de literatura del instituto Librazhdi, que llegara al fondo de la siguiente cuestión: ¿Cuál es el verdadero significado del poema «Sáhara»? Para responder a mi pregunta, se puso a su disposición el poema 'Sáhara'».

Sahara

Sahara, lejos es Sahara, lejos,
Sahara de rocas, piedras y arena
Sólo su nombre amistad
No tiene visión, no tiene plantas
Sahara no tiene sueños en mente
Sólo piedras muelen dentro de su cabeza...
Sahara no puede encontrar ni una canción,
Ni lágrimas para llorar por todos sus muertos.
Sahara en el mundo no tiene amigos,
Sahara no tiene hijos a los que preocuparse
Sahara es un pedazo de tierra,
Riñas toda la noche, la noticia se ha extendido.
La noche en el Sahara odia caer
No puede soportar su estera pétrea;
No hay amor, ni charla, ni alma;
Su negro velo no tiene nada que envolver.
Nadie sabe por qué se balanceó la tierra

Esta herida en su espalda para sostener,
A propósito fue creada, afirman
Para convertirla en una maldición para todas las naciones.
Cuando de ella, terriblemente habla;
Sahara escucha y resopla;
Sahara se siente tan complacido
Cuando entre nosotros caen maldiciones.
Y cuando el rayo de sol yace tímidamente
Sobre piedras sin musgo reflejándose brillante
Como un velo parece el cielo envuelto,
Al relámpago desierto con luz ardiente.
Por eso, cuando el odio profundo y ardiente
Abusando, maltratando, alguien acontece,
se asoma la memoria intoxicada
Por ayuda Sahara prontamente llama.
Cuando la maldición del mal agota su rabia,
Lejos en el tiempo la memoria se desvanece...
Cuando el sol naciente descongela la escarcha penetrante
La tierra abandonada se siente desolada.

- Vilson Blloshmi

«Es un poema hermético; tiene explícitamente una sustancia deprimente y una figuración sombría. Es un poema simbólico, y aquí y allá se convierte en una alegoría, que habla de una cosa o acción para ser entendida como representación de otra cosa o acción y expresar simbólicamente un significado político más profundo. Dentro de la alegoría se oculta una idea diferente. Este poema hermético es el resultado de la influencia de movimientos literarios decadentes, como el simbolismo. Los síntomas de

figuraciones oscuras fueron criticados por el IV Pleno del Comité Central del Partido Comunista. En este Pleno, el camarada Enver Hoxha dijo, entre otras cosas: «En la poesía reciente se manifiesta una tendencia a utilizar una figuración sombría que choca con la tradición albanesa de una poesía sin ambigüedades. Algunos poetas jóvenes han empezado a adaptar sus poemas al estilo hermético. Esto es totalmente ajeno a nuestra literatura...» (Informe del IV Pleno, p. 20)

¿Cuál es el verdadero significado de este poema hermético y simbólico?

Para comprender el poema debemos arrojar luz sobre los símbolos « Sahara y noche».

Este poema no es una escena natural, es decir, una mera descripción del desierto africano. De ser así, contendría detalles de un desierto, mientras que aquí sólo se revelan la arena y el nombre del desierto.

En segundo lugar, el significado principal de desierto, una vasta extensión de tierra, queda encogido por la frase: «El Sáhara es un trozo de tierra».

Tercero y más significativo, no tiene sentido que alguien escriba un poema sobre una tierra desconocida que está fuera de su esfera de observación. Esta fascinación por la geografía, si se supone o se alega que es así, es absurda y discreta.

En cuarto lugar, si se trata de una mera panorámica del desierto, entonces no hay motivo para indicar que el desierto se levanta como una maldición, creado por la humanidad, para servir a la humanidad. El poema despliega la idea de que la humanidad llama a la memoria del desierto cuando necesita maldecir u odiar, del mismo modo que alguien echa una maldición a otra

persona, a otro país o al mundo diciendo: ¡Que Dios te haga desolado! ¡O te convierta en un desierto!

Así pues, si el poema es un panorama real del Sahara, se trataría de una creación de la naturaleza y no de una creación de la humanidad, de la sociedad humana.

Comprendemos hasta cierto punto el simbolismo del poema si tenemos en cuenta la razón de ser del autor. ¿Cuál es su punto de vista sobre nuestra realidad socialista? ¿A través de qué ojos imagina nuestra vida? El descontento hacia esta realidad le hace expresar sentimientos e ideas regresivas y nihilistas. El símbolo « Sahara » se dirige a un país concreto que no es el verdadero desierto del Sahara. Si es así, ¿qué le queda a este país que no tiene amigos ni conocidos, hijos ni hijas?

El símbolo « Sahara » se aclara hasta cierto punto en la línea " Sahara es un pedazo de tierra ", así como con los detalles " roca...y piedra " y " La noche no soporta su estera pétrea ", junto con las líneas " Sahara escucha y resopla ", " Cuando de ella habla terriblemente ». Es posible que la palabra «él» se refiera a la humanidad o a los «amigos y conocidos» que Sahara no tiene.

La pista más cercana es la de un pequeño país, un pedazo de tierra en conflicto con «amigos y conocidos» que no tiene, y «con la noche» con la que ni siquiera se lleva bien. Desde el espíritu general del poema pretendido por el autor 'este pedazo de tierra' sin amigos ni conocidos, es un país desamparado cercado por la hostilidad y la condena, y como una herida en la espalda de la tierra, sirve a la humanidad como una maldición que sale a la luz en momentos de odio.

¿Qué es la «noche» en el poema? ¿Qué simboliza? Esa 'noche' es un símbolo que puede deducirse de los detalles: 'Se ha extendido la noticia de

que la noche se pelea con el desierto', 'La noche en el Sahara odia caer', 'No puede soportar su estera pétrea', 'Su velo negro no tiene nada que envolver', porque en el desierto que 'Es un pedazo de tierra', 'No hay amor, ni charla, ni alma'; 'No hay lágrimas que llorar por todos sus muertos', 'El Sahara no puede encontrar ni siquiera una canción', 'El Sahara no tiene sueños en mente', este pedazo de tierra, etc.».

Por tanto, 'maldición' es lo único que le queda a este trozo de tierra, que desde la clandestinidad 'memoria embriagada' reclama.

La idea de la soledad del desierto resurge a lo largo del poema y en su conclusión: 'El páramo se siente desolado».

Volvamos al símbolo 'noche', que entra en conflicto con el símbolo del desierto. El desierto, como revela el poema, tiene dos tipos de poderes con los que no se lleva bien: los amigos y conocidos que no tiene, y la noche. Aquí «la noche» está fuera de la esfera de amigos y conocidos que «el desierto» no tiene, lo que significa que la noche es una fuerza dentro de la esfera del Sahara y en realidad dentro de él como un velo negro, que no tiene nada que cubrir.

El símbolo «noche» es hasta cierto punto confuso. Si la «noche» fuera una fuerza con la que el autor simpatiza, debería haber estado dentro del rango de «amigos y conocidos» que «este pedazo de tierra» no tiene. Así que sigue siendo un símbolo de un poder que no le gusta al autor, que para él es la noche. ¿Qué aspecto podría tener para el autor la «noche» en nuestra realidad? Si los símbolos dan pie a esta interpretación, el poema alude (se habla alegóricamente, indirectamente) a este 'trozo de tierra', 'devastado', desierto, desolado, entonces, según el autor, la vida es un desierto. Allí no se crea nada. Este 'pedazo de tierra' se siente encantado incluso cuando lo utilizan como una maldición. El poema tiene un sentimiento pesimista, nihilista. Niega todo lo relacionado con la actividad humana. El simbolismo lo convierte en alegórico y confiere a su contenido un sentido reaccionario.

El poema tiene varios versos oscuros, contradictorios y sin sentido que, de hecho, transmiten confusión, insatisfacción con nuestra realidad y el miedo del autor a expresar las ideas directamente.

No creo que el poema tenga una interpretación distinta del símbolo y la alegoría utilizados, aunque, aquí y allá, el símbolo sea incomprensible y errático.»

Volvamos al símbolo 'noche', que entra en conflicto con el símbolo del desierto. El desierto, como revela el poema, tiene dos tipos de poderes con los que no se lleva bien: los amigos y conocidos que no tiene, y la noche. Aquí «la noche» está fuera de la esfera de amigos y conocidos que «el desierto» no tiene, lo que significa que la noche es una fuerza dentro de la esfera del Sahara y en realidad dentro de él como un velo negro, que no tiene nada que cubrir.

El símbolo «noche» es hasta cierto punto confuso. Si la «noche» fuera una fuerza con la que el autor simpatiza, debería haber estado dentro del rango de «amigos y conocidos» que «este pedazo de tierra» no tiene. Así que sigue siendo un símbolo de un poder que no le gusta al autor, que para él es la noche. ¿Qué aspecto podría tener para el autor la «noche» en nuestra realidad? Si los símbolos dan pie a esta interpretación, el poema alude (se habla alegóricamente, indirectamente) a este 'trozo de tierra', 'devastado', desierto, desolado, entonces, según el autor, la vida es un desierto. Allí no se crea nada. Este 'pedazo de tierra' se siente encantado incluso cuando lo utilizan como una maldición. El poema tiene un sentimiento pesimista, nihilista. Niega todo lo relacionado con la actividad humana. El simbolismo lo convierte en alegórico y confiere a su contenido un sentido reaccionario.

El poema tiene varios versos oscuros, contradictorios y sin sentido que, de hecho, transmiten confusión, insatisfacción con nuestra realidad y el miedo del autor a expresar las ideas directamente.

No creo que el poema tenga una interpretación distinta del símbolo y la alegoría utilizados, aunque, aquí y allá, el símbolo sea incomprensible y errático.»

20 de enero de 1977

Experto literario

Koçi Petriti

El Parlamento

En noviembre de 2006, en una de las sesiones del Parlamento albanés, el ministro de Cultura, Juventud y Deportes del gobierno democrático de Albania, Bujar Leskaj, denunció a la diputada Diana Çuli. «Recientemente se ha publicado un libro de gran éxito», dijo, «escrito por Sadik Bejko sobre Vilson Blloshmi y Genc Leka; dos poetas a los que Diana Çuli envió al pelotón de fusilamiento con su pericia.»

Diana Çuli

«En aquella época, cuando sólo tenía 25 años, ése era mi juicio sobre la literatura».

Ejecución y homenaje

En la medianoche del 17 de julio de 1977, dos poetas anticomunistas, Genc Leka y Vilson Blloshmi, fueron ejecutados por el pelotón de fusilamiento. Atados con grilletes, a pocos kilómetros de Librazhdi, en la zona llamada Absconder's Creek, junto a un agujero poco profundo cavado a toda prisa, los terroristas comunistas dispararon balas a través de los corazones de los poetas y cubrieron los cuerpos calientes con barro. Los mataron porque escribían poemas que el Partido Comunista consideraba censurables. Los expertos en literatura calificaron sus poemas de reaccionarios y los poetas fueron considerados enemigos del Partido.

En abril de 1994, con el decreto del Presidente de la República, Sali Berisha, cada poeta fue honrado con el título de «Mártir de la Democracia». Tras la ceremonia, los féretros fueron transportados al cementerio de Librazhdi. Mientras los féretros eran bajados a tierra, cientos de dolientes rompieron en aplausos, y algunos entre la multitud gritaron: «¡Fuisteis verdaderos héroes, héroes!».

Washington

El 24 de octubre de 2004, el Instituto Smithsonian de Washington D.C., uno de los centros culturales más conocidos del mundo, organizó el seminario educativo «A través de la Albania actual». La experta, Diana Çuli, hija de una conocida familia comunista de línea dura en Albania, también ella misma miembro del Partido Comunista desde que era estudiante universitaria, en la actualidad diputada del Parlamento albanés en representación del Partido Socialdemócrata, una nueva variante del antiguo Partido Comunista, fue invitada y disertó sobre «Las fases por las que ha pasado la literatura albanesa y los cambios que ha experimentado según la época». Al final del seminario, el coordinador americano la felicitó en nombre del Instituto Smithsonian.

Traducido del albanés por Hilda M. Xhep

Un crimen atroz

por Teuta Mema

Lamtumirë, atdhe I dashtun,

Po të la, po zemërplasun...

Adiós, patria querida,

Sin embargo te dejo en la desesperación...

En la sala del tribunal penal de la ciudad de Kukësi en Albania, el 24 de junio de 1988, el juez comunista, Agim Hoxha, leyó en voz alta el veredicto: «Dictado por el interés del Partido en el distrito de Kukësi, y la propagación de la actividad hostil en la región, el enemigo del Partido y del pueblo, Havzi

Nela, es condenado a muerte. Por lo tanto para servir mejor a la prevención de la actividad enemiga dentro del distrito, será ejecutado en la horca.»

El poeta Havzi Nela se levantó orgulloso y, dirigiendo sus últimas palabras al juez comunista, Agim Hoxha, y al fiscal comunista, Nikollaq Helmi, dijo: «Sólo habéis acelerado la hora de mi partida. Os pido justicia y no piedad».

El 10 de agosto de 1988, el poeta anticomunista fue colgado de una cuerda en la ciudad que más amaba.

Fuentes:

<https://web.archive.org/web/20120328025731/http://www.moracarovzafa.org/onama/istorijat.html>

<http://www.arhiva.srbija.gov.rs/vesti/1998-09/17/5220.html>

http://www.rastko.rs/rastko-al/zbornik1990/adraskovic-manjine_l.php